

David Stitchkin Branover

## Rolando Merino Reyes<sup>(1)</sup>



A MUERTE tiene el raro privilegio de crear una nueva perspectiva en la visión y medida del valor de los hombres. Principia a dibujarse, de inmediato, el juicio definitivo e inevitable de lo que fue la íntima estructura del compañero ausente. Henos aquí, en esa amarga tarea, que sólo un arraigado sentido del deber nos lleva a cumplir, procurando ocultar nuestra sostenida angustia.

Rolando Merino tuvo una variada existencia. Vibró apasionadamente en la múltiple acción a que le conducía su inquieto sentir. Nada de lo humano me es ajeno, repetía a menudo, porque esa sentencia condensaba mejor que ninguna otra, la intensidad de su devoción por la causa común de los hombres.

Su elevado espíritu, su rica cultura, su despejada mente, debían encauzar su principal acción hacia un camino: la Universidad. Y a ella se entregó con renovado fervor e hizo de la enseñanza un sacerdocio.

Pero enseñar no es sólo impartir lecciones en las aulas. Esta es, apenas, la entrega de una fracción limitada del conocimiento. Enseñar es ancha, ilimitada y constante tarea, desarrollada a diario en el

---

(1) Discurso pronunciado en los funerales del Vicerrector de la Universidad de Concepción y Decano de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la misma, don Rolando Merino Reyes.

diario vivir. En la cordial sonrisa de los buenos días, en la reflexión ponderada que debe conducir a la decisión más justa, en la disciplina rígida que encauza nuestra actitud constante hacia lo bello y lo justo; en la exaltación de los más altos valores del alma, pero no a través de las palabras, sino de la oscura y mínima tarea cotidiana.

Así lo entendía Rolando Merino. Hizo de su vida la más noble lección. Fue su aula la vida; los hombres, sus discípulos.

Hoy, en la ausencia y la distancia, su figura adquiere los contornos definitivos. Y silenciado el vocinglerío de las calles, su voz se escucha nítida y en ella el mensaje de su vida ejemplar.

Pues la lección ha sido: Sé honesto contigo mismo y leal con tu conciencia.

Su apasionada lealtad para consigo mismo puso en su vida notas de inquietud, de fervor, de amargura. Nada de lo humano me es ajeno, a menudo exclamaba, justamente porque todo lo humano había tocado y malherido su maltrecho corazón.

Pero jamás flaqueó en el cumplimiento de la tarea que su clara conciencia le señalaba, ni ocultó jamás su puro pensamiento y su claro sentir.

Fue honesto consigo mismo y leal para con todos: adversarios y amigos.

Mirad si puede darse más completa lección y pensad cuán elevado precio fue pagado por darla.

Mas nuestro ausente amigo puede estar satisfecho. Que por pequeño que parezca el aporte individual —y en su caso fue grande— en la tarea conjunta hay un notable avance, y al morir, ha dejado la estela de un mundo mejor que el que encontrara.

La Universidad de Concepción ha perdido un vicerrector y un profesor de elevadas cualidades, cuyo nombre prestigiaba los cargos que servía. Pero ha ganado un maestro que ocupa su sitio en el ilustre coro de los hombres que con sangre y espíritu han forjado el ayer, hoy y mañana de nuestra noble casa.

Hasta aquí habló el rector. Tras tan elevado título se esconde un hombre que no podría ocultar su amarga pesadumbre. A esta

altura de la vida se aprende a amar a nuestros semejantes con prescindencia de factores pequeños que, ¡ay!, tan importantes parecen en la limitada visión de nuestra breve existencia que, por maligno espejismo, miramos como perdurable.

El generoso compañero que ha sido Rolando Merino, deja un sentimiento de amistad, afecto y gratitud que llora angustiadamente su ausencia. Y en la diaria jornada nos hace falta la tibieza de su afecto generoso y de su íntegra y tan leal compañía. El peso de la vida nos fatiga más que ayer, porque él no lo comparte. La rectitud de su espíritu nos obliga, no obstante, a cumplir la tarea como él la cumplió. Pues si él saldó su deuda con los hombres, nosotros debemos pagar la que con su ejemplo nos impuso.

Al decirle hasta pronto, se va un trozo de nuestro corazón.  
Y la emocionada gratitud de la Universidad de Concepción.